



Lectura

Seminario investigativo

CARLOS ALBERTO OSPINA HERRERA.
DEPARTAMENTO DE FILOSOFIA. UNIVERSIDAD DE CALDAS



En el *Simposio o del amor*, Platón narra el encuentro que sostuvieron no más de 10 personajes de Grecia en casa de Agatón, quien organizó una cena para celebrar su primer triunfo como poeta trágico. Entre otros invitados asistieron el filósofo Sócrates, el poeta cómico Aristófanes y el médico Erexímaco. Después de comer y de beber un poco, consideraron oportuno hablar sobre un tema de interés para todos los asistentes; y pronto convinieron en que el tema -propuesto por Fedro- fuese el amor, nada común entre los asuntos de discusión en aquella época. Cada uno de los allí presentes ofreció un discurso de elogio al amor, en el que mientras exponía sus propias ideas, discutía las de quienes lo antecedieron en el uso de la palabra. De esta manera, la reunión propició un debate que combinaba la exposición con el diálogo, la manifestación de sabiduría con el deseo de aprender y si bien Sócrates descuella como el maestro de la discusión, todos tuvieron igual oportunidad de hablar acerca del amor. El *Simposio o Banquete*, por lo mismo, dentro del conjunto de la obra de Platón “no es en realidad un diálogo en sentido usual, sino un duelo de palabras entre gentes que ocupan todas una alta posición. Representantes de todas las clases de cultura espiritual en Grecia se congregan en torno a la mesa del poeta trágico Agatón”¹ que, en pleno siglo V A.C., anticipa la imagen de lo que hoy calificaríamos de grupo interdisciplinario dedicado al estudio común de un tema.

Platón es, entonces, el creador de la nueva figura filosófica del simposio, al menos como forma pedagógica, como método de libre discusión tomado de la vida cotidiana griega y, más propiamente, de la reunión de bebedores, pues los simposios figuraban entre las formas fijas de sociabilidad entre maestros y alumnos, a las que les imprimía un sello completamente nuevo². No es casual, por tanto, que comience recordando el *Simposio o del Amor* y que Platón haya escogido el amor como tema de su diálogo, al cual se dedican los asistentes a un *sympósion* o, lo que es lo mismo, a un Banquete o festín; porque el ambiente peculiar de tales actividades sociales ofrecía el momento oportuno para la conversación espontánea y entusiasta, que pronto se transformaba en un diálogo

1 JAEGER, Werner. *Paideia. Los ideales de la cultura griega*. 2 ed. México: Fondo de Cultura Económica. 1980. p. 567.

2 Cfr. Ibid. p. 568.

amistoso sobre un asunto, cuyo particular interés centraba la atención de los participantes.

Todo parece indicar que la adopción del seminario en la Universidad de Göttingen, a finales del Siglo XVIII, es la formalización académica de aquella originaria institución griega del simposio o del banquete, transformada, a partir de la experiencia medieval de la *disputatio* o de la discusión abierta para confrontar opiniones y distintas doctrinas, y de la *lectio* o de la lectura de textos de grandes maestros³, en un camino para la formación disciplinada del espíritu investigativo. como una de las metas a la que debe aspirar toda educación “superior”.

Por lo pronto cabe señalar varios aspectos comunes entre la experiencia griega del simposio y la moderna del seminario, de los cuales me valdré para presentar las características centrales de este último, como quiera que sólo pretendo mostrarlo como una de las alternativas pedagógicas más apropiadas para formar investigadores. en vista de las limitaciones, repetidamente señaladas, de la cátedra magistral. caracterizada por la comunicación de resultados y no por la participación en procesos; por el memorismo, por la pasividad, por la imposición del principio de autoridad, etc.

ESPACIALIDAD

El término seminario viene del latín *Seminarium*, que significa semillero, lugar donde se crían semillas para luego transplantarlas. Como ya se dijo, el seminario fue propuesto en la Universidad de Göttingen, a finales del Siglo XVIII, para suplantarse la cátedra (*Cathedra*, silla, asiento desde donde enseña el docente); es decir, nada menos que para “moverle la silla” al profesor tradicional. Más que un eufemismo, realmente se trata de mover al docente de su posición de privilegio, para situarlo al lado de sus estudiantes, en medio de quienes él mismo se convierte en alumno y los alumnos en profesores. Este movimiento, tan sencillo como parece, transforma radicalmente la experiencia pedagógica del encuentro entre unos y otros, y prepara el escenario donde habrán de aparecer sus diferencias con la cátedra convencional, fundamentadas en una nueva actitud frente a esa experiencia.

3 Para lo referente al Seminario propiamente dicho se utilizaron como fuentes: HOYOS-VASQUEZ. Jaime. *El seminario en la experiencia docente de la Facultad de Filosofía de la Universidad Javeriana*. Rev. Universitas Philosophica. No 10. Santafé de Bogotá: Universidad Javeriana.

Facultad de Filosofía, junio de 1980. MONDOLFO, Rodolfo. *Los seminarios de investigación filosófica. Finalidad y exigencias fundamentales*. En: *Problemas y métodos de investigación en la historia de la filosofía*. 4ed. Buenos Aires: EUDEBA. 1969. NAVARRO BARRERA, Néstor. *El Seminario investigativo*. Bogotá: Simposio permanente sobre la Universidad: ASCUN, FES e ICFES. 1988-1990.

Como la cátedra al frente ha quedado vacía, ya no tiene ningún sentido ordenar las sillas de los estudiantes -como en nuestros salones tradicionales- para dirigir su mirada hacia allí y no ver de sus compañeros más que las espaldas. La nueva posición del docente obliga a un reordenamiento del espacio físico, de modo que todos se puedan ver las caras, lo que de por sí ya constituye una invitación a conversar y a dialogar entre ellos. Esta misma experiencia la viven los docentes cuando, eventualmente, deciden sentarse al lado de sus estudiantes, quienes, a su vez, también deben “mover sus sillas” para formar un círculo. Pero esta experiencia eventual no es suficiente para facilitar el diálogo, pues, a pesar de la evidente intención de cambiar -al menos por un momento- el rutinario modo tradicional de dictar la clase, hace falta que los estudiantes conozcan previamente el tema y que participen activamente en su reelaboración racional y en su análisis. Lo cierto es que se nota la clara intención del docente por atenuar el papel protagónico que se siente obligado a cumplir en la cátedra tradicional.

Para suplantarlo la cátedra, por tanto, primero es indispensable modificar la distribución del espacio en el cual se va a desarrollar una actividad tan especial como la del seminario, tal como el banquete de Agatón -donde la reunión sirvió de pretexto para hablar amistosamente- no habría sido posible sin un lugar apropiado en donde se concentraran los invitados alrededor de un centro.

De igual manera, el seminario necesita de un recinto propio dotado de asientos cómodos y de una mesa, o de mesas dispuestas en forma circular, donde los participantes puedan abrir los textos y los documentos que requieran para cada sesión y donde puedan escribir y tomar notas con comodidad. Es ideal que la sala de seminarios cuente con una biblioteca, que contenga obras especializadas, monografías y documentos pertinentes a los temas del seminario o de los seminarios a los que se destina el lugar⁴. Las salas de seminario, además, se pueden utilizar como salas de estudio, exista o no una biblioteca. Estas exigencias no responden a ningún capricho sino a la necesidad de disponer de un lugar apropiado para adelantar una actividad especial.

4 En el seminario alemán a estas bibliotecas se les conoce como *Präsenzbibliothek* “o sea que sus volúmenes puedan ser tomados directamente de sus anaqueles y utilizados por los lectores mientras se encuentran en su recinto. Presencia quiere significar también que los libros estén presentes allí, todos, sin que se puedan prestar para sacarlos fuera” (Navarro, p. 22). Aunque este requisito parece complicado de cumplir entre nosotros, no lo sería tanto si se integrara a nuestros planes de desarrollo académico con el fin de irlo cumpliendo paulatinamente. Por lo pronto, la adecuada existencia de salas de seminario se puede garantizar plenamente con muy poca inversión. Tanto el simposio griego como

el seminario alemán, establecen los fundamentos esenciales del seminario investigativo a los cuales no podemos renunciar, si es que nos mueve el interés genuino por formar investigadores en todas las disciplinas, pues muchas versiones que se practican como seminario sólo conservan el nombre, bajo el cual reproducen las limitaciones de la cátedra magistral.

EL NUMERO DE PARTICIPANTES

Cuanto menor sea el número de participantes, tanto más productiva y de mayor calidad resulta la actividad del seminario, pues lo que busca es propiciar el ambiente para un trabajo personal orientado al descubrimiento de problemas y a la activa participación de todos y de cada uno de los asistentes, y ofrecer las condiciones para el diálogo abierto en el que cada opinión o argumento encuentre interlocución en posiciones críticas, analíticas o de profundización argumentativa; actividades imposibles de realizar con grupos numerosos.

Únicamente con pocos asistentes es posible garantizar su participación, durante el transcurso de un semestre (en 2 ó 3 horas semanales, que dura cada sesión), en los momentos constitutivos del seminario como las exposiciones, las asesorías personales, la elaboración de protocolos, las discusiones, etc. En el seminario alemán se mencionan 15 participantes, pero más que de una cifra exacta, su número depende del número de sesiones programadas para un período académico, tratando que cada una de ellas se destine a la responsabilidad directa de cada uno de los miembros del grupo. Al tener en cuenta las condiciones reales de nuestras universidades, donde lo común es encontrar grupos numerosos, un profesor Titular (o Asociado) puede dictar las charlas introductorias a uno de esos grupos, el cual posteriormente se dividirá en pequeños subgrupos bajo la dirección de profesores Auxiliares, Asistentes o Asociados, quienes orientarán con ellos seminarios investigativos. Esto supone, por supuesto, que las categorías del escalafón universitario correspondan verdaderamente al real y cotidiano ejercicio académico del docente y a la constitución de equipos de trabajo dedicados a investigar un mismo tema.

Otra alternativa realizable es que un grupo no mayor de 38 estudiantes, en una asignatura de 4 horas semanales, pueda dividirse en dos grupos, cada uno de los cuales recibirá su formación del mismo docente en la modalidad de seminario de dos horas semanales. Las dos horas presenciales que nominalmente desaparecen para los estudiantes, son suplidas con creces por las responsabilidades que adquieren con la nueva experiencia que, a la vez, también exige mayor dedicación académica del docente, quien además continúa con sus 4 horas; lo que de por sí justifica que cuente con el apoyo de un monitor y con condiciones académicas más favorables que las de los docentes dedicados sólo a “dictar” las cátedras tradicionales. Máxime que el esfuerzo personal e institucional se verá plenamente compensado con los resultados.

En los seminarios de maestría resulta mucho más perentorio limitar el número de participantes, toda vez que su objetivo central es *formar investigadores*. Lo cierto es que en pocas experiencias como ésta se cumple aquello de que “la calidad es inversamente proporcional a la cantidad”, expresión que sólo ha pasado a ser una fórmula retórica en la mayoría de nuestros programas de maestría.

NATURALEZA DEL SEMINARIO

Cumplidas las condiciones anteriores -un recinto adecuado y un reducido número de participantes-, la actividad del seminario se realiza en varios momentos, todos ellos esenciales para garantizar sus propósitos formativos en investigación.

Hasta ahora he evitado utilizar el término “método”, porque, aunque es un camino para formar investigadores en una disciplina, no es un método cualquiera. Sus elementos constitutivos no se pueden reducir a reglas fijas de cuya aplicación se responsabilice a una sola persona, llámese experto o profesor, que únicamente busque la eficacia didáctica, sino que en cada uno de sus pasos debe darse la activa participación de los asistentes, quienes integran una comunidad académica entregada al libre juego de preguntar y responder, de comunicarse mutuamente las inquietudes y opiniones acerca del tema en discusión, de analizar y de criticar solidariamente el trabajo de los demás y de aventurarse a elaborar interpretaciones propias, fundadas racionalmente. Al grupo lo une el interés común de cultivar el saber, de revivir los procesos de su producción y de caminar unido hacia la meta común “de sembrar sus ideas o adquisiciones propias” (J. Hoyos Vásquez, p.⁴⁴), en un clima contagioso de diálogo sincero en el que todos sus integrantes se ejercitan como maestros por más que sigan siendo aprendices.

Así como una semilla no germina sin un clima favorable, tampoco será posible cultivar en nuestros estudiantes el espíritu investigativo, sin un ambiente adecuado como el que brinda el seminario, y similar al que se dio en el *Banquete o del amor* o al que se crea en una reunión de amigos. La gran diferencia está en que la embriaguez de la bebida se reemplaza en el seminario por el entusiasmo que despierta en quienes, al involucrarse en él, se ven participando personalmente del proceso de búsqueda y producción del conocimiento y de la pasión por conseguirlo. Si a todos los mueve el amor por el saber, como es de esperar, encuentran en la amistad el terreno favorable para su cultivo.

El gran logro de Platón fue vincular la embriaguez (el entusiasmo) con el amor (Eros) o la pasión por el saber, al introducirlo como tema central -inédito hasta entonces- en una de sus obras, surgida, precisamente, de una reunión dionisíaca entre amigos, como el banquete de Agatón, donde participaron del debate que espontáneamente se suscitó acerca de un tema, frente al cual, a pesar de no ser “expertos”, se mostraron

muy interesados en discutir. Al seminario tampoco asisten investigadores ya formados, sino que él busca formarlos, por ser el lugar propio para el despliegue libre de los rasgos del carácter personal de los asistentes, donde diferentes estilos de trabajo conviven y cuentan mas que la uniformización de estrategias pedagógicas y de respuestas educativas estandarizadas, o que la aplicación de teorías que limitan las posibilidades de réplica argumentada.

En el seminario a nadie se le impone un estilo de trabajo, sino que se le imprime un modo de ser a partir de enriquecer lo que positivamente él mismo es. Los conceptos y las teorías no son pautas intelectuales fijas, sino los pretextos para analizar, debatir, criticar y elaborar opiniones autónomas e interpretaciones propias; lo que, contra toda apariencia, exige un permanente trabajo responsable y riguroso en el estudio y en el dominio del tema que se va a someter a examen, pues, aunque la opinión es el campo abierto para el cultivo de la crítica, ésta sólo es productiva cuando resulta de la estructuración del pensamiento y no del mero perorar irresponsable. El seminario, entonces, más que un método, es un *hábito* forjado en la práctica de aprender a crear intelectualmente y de dialogar que, a la vez, forma una sólida disciplina de estudio y de responsabilidad intelectual.

En el pregrado se combinan las cátedras magistrales con los seminarios. En las primeras se transmite información especializada, se busca instruir y capacitar en las destrezas profesionales pertinentes y en sus innovaciones y, en síntesis, se dan las herramientas básicas, generales y específicas, de las profesiones; por su parte, los seminarios se ocupan de los conceptos y de las teorías fundamentales en que se apoyan las profesiones, como su elemento más perdurable y que les da su identidad propia y su dimensión científica e investigativa. No se trata, en consecuencia, de reducir las actividades curriculares a seminarios, sino que éstos se ofrecen como el complemento esencial de la formación técnico-profesional y que aporta la dimensión humanística e investigativa a esa formación, por lo que no se trata de que reemplacen las prácticas de laboratorio, la aplicación de técnicas y las cátedras magistrales, sino que ofrezcan otros elementos formativos que aquellas no dan.⁵

EL DIALOGO

En el seminario no sólo se “le mueve la silla” al profesor, sino que se le “arrebata la *exclusividad* de la palabra”, palabra que se entrega a los estudiantes, quienes no deben limitarse a usar o no de ese derecho sino que deben mantenerlo vivo. En un seminario, un estudiante le dijo al filósofo alemán Max Scheler “El silencio es oro” y él respondió, “pero en el seminario es orope”. Eugen Fink refuerza este criterio cuando afirma: “En el seminario es mejor el que sabiendo poco habla, que el que calla lleno de sabiduría” ⁶.

5 De aquí que sólo los contenidos disciplinarios y no los técnicos sirvan como materia prima de un seminario; por ejemplo, los cursos de humanidades, los cursos teóricos básicos en los que se trabajan y se discuten las teorías científicas, los conceptos fundamentales, los fundamentos epistemológicos y la historia de los problemas propios de cada ciencia. Otras actividades curriculares específicas de cada

área del conocimiento, como las prácticas de laboratorio y las acciones instrumentales, seguirán cumpliendo con su objetivo de adiestrar en las técnicas de investigación, mientras que los seminarios forman el espíritu investigativo', sin el cual aquéllas pierden todo sentido.

- 6 Nos lo recuerda Navarro Barrera. p. 25. Los griegos decían: “La palabra es plata, el silencio es oro”, en el seminario se trata de lo contrario.

Contar con la oportunidad de usar libremente la palabra es requisito indispensable para que florezca el diálogo como un abrirse a lo común de los otros que, como en los grupos interdisciplinarios, significa la necesidad de transformar el lenguaje personal o particular de las especializaciones en un lenguaje común que pueda ser compartido. El lenguaje de la ciencia, por naturaleza monológico, sufre una particular modificación en el seminario, en cuanto se vuelve dialógico, pues de lo que se trata ahora no es de comunicar contenidos y teorías, sino de involucrar a los seminaristas en los procesos mismos de producción del saber. No se busca ampliar conocimientos, sino profundizar y debatir el pensamiento de un autor, una teoría o temas fundamentales de una disciplina, por lo que

los primeros pasos deben ser prudentes y modestos, limitando su campo de trabajo y sus temas, por reconocer que el trabajo debe cumplirse más en profundidad que en extensión, y que los grandes objetos deben reservarse a la madurez intelectual y cultural⁷.

En el seminario se atiende más a formar al investigador que a desarrollar teorías, cuya objetividad no da posibilidades de expresar el mundo de otra manera que no sea la réplica, también exacta y objetiva, enunciada únicamente en un lenguaje preciso y unívoco, que define el carácter de monólogo del discurso científico. En los procesos de formación, diferentes a los de comunicar información, se busca aprender a internarse acompañado por los caminos personales que recorrieron los científicos para alcanzar esos resultados y a revivir sus métodos de trabajo y de investigación, donde el diálogo y la conversación avivan cada paso dado y les imprime el impulso emocional que el método formal y repetible silencia bajo la rigidez de sus normas metodológicas.

En el diálogo interesa comunicar las distintas experiencias que vamos teniendo frente al mundo (real y temático) y las ocurrencias que fundadamente van surgiendo en el permanente contacto con las fuentes. El tema en discusión entrega las pautas del lenguaje común que es necesario utilizar para la comunicación no caprichosa de las diferentes interpretaciones a las que es susceptible cualquier fenómeno u objeto cuando no se le toma como cosa muerta y ya dada. La experiencia del seminario nos pone en contacto con la dimensión personal de la actividad científica que se oculta bajo la presentación despersonalizada de los resultados controlables.

Por ejemplo, el mayor logro que reporta trabajar como asistente de un gran científico es el de poder contagiarnos de su estilo y de sus hábitos personales de trabajo, compartir las emociones que se despiertan en el momento del triunfo o del fracaso, sentir que la vitalidad de las ideas y de las teorías sólo surge durante el proceso

mismo de producción del saber y, quizás lo más valioso, poder conversar con él acerca de esas experiencias.

7 MONDOLFO, Rodolfo. Op. Cit. p.16.

Lo importante es tener en cuenta que el contacto con un maestro jamás suple nuestras deficiencias teóricas o de dominio de los contenidos, cuya asimilación es responsabilidad individual, como muy bien lo ilustra Platón, cuando Agatón en el Banquete, pidió hacerse cerca de Sócrates, creyendo que la proximidad le permitiría acceder a la sabiduría del maestro, al contestar por boca de éste: “¡Ojalá, Agatón, que la sabiduría fuese una cosa que pudiese pasar de un espíritu a otro, cuando dos hombres están en contacto, como corre el agua, por medio de una mecha de lana, de una copa llena a una vacía!”⁸

Lo decisivo es no olvidar que el encuentro personal dialógico nos entrega los momentos irremplazables y únicos en los que se manifiestan los secretos de una disciplina y los métodos y procesos que nos impulsan a buscar el saber por nosotros mismos. El diálogo es el único que en realidad nos transforma y no la mera recepción pasiva de información.

*La conversación deja siempre- una huella en nosotros. Lo que hace que- algo sea una conversación no es el hecho de habernos enseñado algo nuevo, sino que hayamos encontrado en el otro algo que no habíamos encontrado aún en nuestra experiencia del mundo. Lo que movió a los filósofos en su crítica al pensamiento monológico lo siente el individuo en sí mismo. La conversación posee una fuerza transformadora. Cuando una conversación se logra, nos queda algo, y algo queda en nosotros que nos transforma. Por eso la conversación ofrece una afinidad peculiar con la amistad.*⁹

Precisamente el hecho de que el estudiante se sienta partícipe de un diálogo donde experimente el proceso de construcción del saber, vuelve imborrable la experiencia del seminario que se manifiesta sobre todo cuando, en el futuro y por cuenta propia, pueda recoger los frutos de la cultura investigativa que allí le han sembrado y la formación disciplinada de su carácter, que trasciende cualquier delimitación del tiempo a las dos o tres horas formales de las sesiones¹⁰. El seminario es una práctica permanente que prepara a los participantes para que puedan hacer investigaciones por sí mismos.

8 PLATON. *Simposio (Banquete)* o de la *Erótica* En: *Dialogos* I4ed México: Porrúa. 1973. (176a).

9 GADAMER. Hans-Georg. *La incapacidad para el diálogo. En: Verdad y método* II Salamanca <España>: Sígueme. 1994. pp. 206-207.

- 10 “La operación y la hora del Seminario son de siembra (el cultivo, el cultus -la cultura-). La hora de la recolección empero cae fuera de su ámbito: es aquella en que el antiguo seminarista escribe ya su primer trabajo serio de investigación, su disertación doctoral” (NAVARRO B. p. 20)

El seminario es una práctica permanente que prepara a los participantes para que puedan hacer investigaciones por sí mismos.

DESARROLLO

La actividad del seminario requiere de una preparación previa que se da en el preseminario, cuya duración es de un semestre. Por tratarse de una actividad *sui generis*, desconocida en los niveles de educación preuniversitaria, es necesario familiarizar a los estudiantes con su dinámica, con sus diferentes pasos y con sus exigencias propias. El tema del preseminario se selecciona de acuerdo con el plan de estudios y con el semestre en que se ubique. La asistencia a él, tanto como a los seminarios, debe ser rigurosamente controlada, pues es indispensable participar en todas las sesiones para experimentar verdaderamente el proceso, de ahí que quien falte a más de tres sesiones, sin plena justificación, no puede continuar en él. También es fundamental la participación en todos y en cada uno de sus momentos.

La adopción del seminario en los diferentes programas de la universidad, asunto que considero deseable e indispensable, requiere que los profesores, a cuyo cargo estará su dirección, enfrenten previamente esta experiencia, sobre todo quienes no fueron formados con esa disciplina, como es el caso de la mayoría de nuestros docentes. También aquéllos que tienen la investigación como centro de sus actividades académicas cotidianas, deben familiarizarse con el trabajo del seminario para que se formen en la indagación de los fundamentos conceptuales de su especialidad, cualquiera que sea.

En la maestría no existe el preseminario porque ya supone en los asistentes el conocimiento de la actividad del seminario, lo que casi nunca resulta cierto. Y cuando se trabaja “el seminario”, por lo general es un pobre remedo de sus características y principios básicos. De aquí la necesidad de destinar al menos una de las primeras sesiones a su presentación, cuando el programa lo ha adoptado realmente como su método o como uno de sus métodos esenciales.

LA DIRECCION

Cada seminario está a cargo de un docente quien es su director. Entre las condiciones que esta persona debe cumplir, las más importantes, quizás, son las dos que mencionamos antes:

1º. Que abandone su cátedra y su posición de catedrático, para ocupar un puesto entre sus discípulos, desde donde comience a cooperar con ellos en su recorrido del camino hacia el saber, pues no debe olvidar que ahora trabaja en un grupo

académico cuyo interés central es aprender a investigar, participando también él como estudiante: es decir, no debe olvidar que “en el seminario se enseña investigando y se investiga enseñando” (J. Hoyos Vásquez) y que prepara maestros, no alumnos.

Para responder a su nueva responsabilidad debe tener como cualidades personales la sinceridad y la- honradez en el momento de interactuar con sus discípulos, para crear el clima interpersonal que en verdad favorezca la discusión. Su presencia como autoridad académica debe estimular, antes que inhibir, la participación espontánea, para lo cual debe superar el “complejo de redentor” (Adler) que sufren muchos docentes, quienes, al asumir su labor como la obligación de redimir a alguien y de salvarlo de la ignorancia y de la indefensión, toman para sí toda la responsabilidad de llevar la información ya procesada con criterios fijos, para simplemente comunicarla en las sesiones de trabajo, o de considerar que la formación de sus estudiantes es exclusiva competencia suya y no de ellos mismos.

2º. La segunda condición del director del seminario es que, contrario a la función de un catedrático, hable poco en las sesiones¹¹, lo cual no implica quedarse callado. Sólo se le pide que asuma su nuevo papel de oyente activo y de miembro integrante de un grupo interesado en “dialogar” acerca de un tema común: diálogo en el cual también él está llamado a participar, pero sin demasiado protagonismo para que estimule la libre participación de los estudiantes. Su competencia intelectual se pone en juego cuando está atento a *orientar* los debates, a precisar conceptos y a dar pautas apropiadas de discusión, análisis y crítica. De esta forma no sólo coopera con el expositor, sino también con todos los demás miembros del grupo, al interactuar creativamente con ellos. En todo caso, su actitud debe ser la de oír más que la de hablar¹² y, cuando hable, ha de cuidarse de no romper la continuidad del diálogo imponiendo su “sabiduría” de profesor, sino que, muy por el contrario, debe procurar - como “maestro” -fomentarlos más; en otros términos, su función central es servir como *moderador* de las sesiones, cuyo control le pertenece al expositor y no a él. Debe sorprender, eso sí, por el buen papel que desempeña como “acompañante” en la aventura que representa la búsqueda activa del saber.

La verdad es que la labor del director es mucho más intensa por fuera de las sesiones que en ellas. Al inicio del período académico debe presentar un plan de trabajo, a los aspirantes a seguir su seminario, en el cual figuren, ojalá con fechas exactas de exposición, los subtemas y los textos de lectura obligatoria para cada una de las

11 “La conversación entre maestro y discípulo es sin duda una de las formas originarias de experiencia dialogal... Pero hay en la situación del enseñante una especial dificultad para mantener la capacidad de diálogo a la que sucumbe la mayoría. El que tiene que enseñar cree que debe y puede hablar, y cuanto

más consistente y sólido sea su discurso tanto mejor cree poder comunicar su doctrina. Este es el peligro de la cátedra que todos conocemos". GADAMER. Hans-Georg. Op. cit. p. 207.

12 "...para ser capaz de conversar hay que saber escuchar". Ibid. p.208

sesiones y la bibliografía básica general ¹³. Los subtemas deben ser tantos cuantos sean los participantes, para que ellos elijan libremente, desde el comienzo, el asunto que despierte su mayor interés personal y por el cual se han de responsabilizar. Esto supone del director el dominio autorizado y general de los contenidos, aunque no necesariamente de todos sus detalles, pues no olvidemos que él también participa de la experiencia de la búsqueda permanente del saber, en la cual tendrá ocasión de profundizar y de enriquecerse con las diversas opiniones e interpretaciones que se irán presentando en cada una de las sesiones. En todo caso debe representar una "autoridad" en el tema de su seminario.

LA ASESORIA

Por lo general, la primera sesión está a cargo del director. En ella presenta el programa, acuerda los temas de exposición, recuerda las responsabilidades de los seminaristas y expone una introducción general al pensamiento del autor o al tema del seminario que inicia. Cada una de las demás sesiones es responsabilidad directa de cada uno de los integrantes del grupo, quien, antes de su respectiva exposición, debe asistir a la asesoría personal del director quien, privadamente, "escucha" lo que él ha elaborado, le colabora en el perfeccionamiento de su charla, le brinda asesoría bibliográfica complementaria y orienta y aclara las dudas surgidas durante su preparación. Esto supone que el director asiste a sus estudiantes después de que él mismo ha revisado muy bien el tema de la asesoría.

Además de buscar la mejor preparación posible de la exposición, la asesoría intenta darle confianza al expositor para enfrentar su posible primera experiencia como docente o como conferencista ante sus compañeros, o para perfeccionar esas aptitudes en quienes ya la vivieron. La asesoría también es la oportunidad para que los estudiantes y el docente tengan un auténtico encuentro personal, en el que es posible la mutua percepción de algunos rasgos de la personalidad y del carácter, gracias a que la conversación no está enmarcada por la formalidad de una clase, lo cual puede resultar definitivo para el éxito o el fracaso del proceso.

Igual que en la moderación de las sesiones, durante las asesorías también se pone a prueba la competencia profesional del director, la cual consiste en evitar al máximo despertar en el estudiante el sentimiento de incapacidad para hablar con propiedad del asunto en el cual se prepara o para intervenir en las discusiones que se susciten durante las sesiones.

- 13 Los manuales, las fuentes secundarias y los módulos son los enemigos número uno del seminario, cuando se toman como únicas y principales. Es de esperar, por ejemplo, que un seminario dedicado a la física de Newton trabaje sus obras y de ser posible, las de quienes han revisado sus fundamentos. Recurrir a fuentes secundarias es importante, siempre y cuando se pongan en su sitio como “fuentes auxiliares” y no como las fuentes esenciales.

El problema, entonces, es un problema de comunicación, antes que de erudición, como el que se presenta cuando el docente está más interesado en impresionar con los contenidos que domina, en lugar de colaborar sinceramente a quien busca su asesoría o a quien espera de él una orientación precisa y clara, en procesar por sí mismo la información, en estructurar argumentos y en encontrar criterios para preferir una interpretación a otras.

O para ponerlo de un modo diferente, consiste en llevar a los estudiantes a que infieran la conclusión familiar con la sensación de haber hecho su propio descubrimiento. La tarea consiste en lograr que sean la mayor cantidad posible de lo que no han visto antes. Este desafío perenne, que no se puede enfrentar de una manera adecuada sin un conocimiento de las personas, es lo que mantiene vivo a un profesor. Si él no lo reconoce, se convierte en un autómata pedagógico y casi siempre en un fastidio¹⁴.

LOS ASISTENTES

A las sesiones todos asisten después de haber leído el mismo texto básico referente al tema por debatir, que no es responsabilidad exclusiva del expositor. Si alguien no ha leído, es preferible que no participe, porque sin lectura previa no hay de qué hablar ni se tendrán los elementos autorizados para dar, aceptar o discutir interpretaciones acerca del tema; en otras palabras, no se genera ningún ambiente para el diálogo animado, propio del seminario¹⁵

14 HOOK, Sidney. *Educación para el hombre moderno: una nueva perspectiva*. En: *Consideraciones sobre la docencia a nivel superior*. Manizales: Universidad de Caldas, centro de traducciones de la facultad de Filosofía y Letras, 1992. p. 23. Trad. de C. E. García, M. C. Betancur y H. Hincapié.

15 De aquí la necesidad de controlar la lectura al comenzar cada sesión. Puede hacerse mediante la formulación de una o de dos preguntas generales acerca del contenido de la lectura que, básicamente, busque captar si leyeron o no. Es decir, no se trata de evaluar todavía la plena comprensión de lo leído, puesto que éste es uno de los objetivos específicos de la sesión de trabajo. En seminarios de maestría los interrogantes se pueden formular para que al azar uno o varios de los asistentes los respondan verbalmente. Otra estrategia, que considero menos confiable y quizás represente más un obstáculo que un apoyo al desarrollo del seminario, es que cada uno de los participantes traiga por

escrito el informe de la lectura de cada sesión. En este caso la lectura se convierte en una labor pesada en vista de que parece más destinada a cumplir con una tarea impuesta, que a la indicación de vivir una experiencia personal mediante la lectura activa.

No olvidemos que una de las reglas de oro es que todos participen y su garantía es la lectura y el conocimiento previo del tema, el cual constituye además un factor muy importante para aminorar la timidez de algunos estudiantes, quienes, con la lectura personal, comienzan a adquirir seguridad para expresar sus propias opiniones e interpretaciones surgidas en la relación directa que sostienen con las teorías o el pensamiento del autor o autores que leen activamente. Los estudiantes se benefician de la lectura personal y

de las discusiones porque se les da la oportunidad de aproximarse a un texto en sus propios términos. Es como si alguien que no ha estado en Roma oye a otros decir lo bella que es. De todas maneras no es su experiencia. La experiencia personal no puede reemplazarse. Deseo que mis estudiantes digan que Hamlet es formidable, no porque lo hayan oído decir a John Moore, sino porque realmente lo han encontrado emocionante... De ahora en adelante Hamlet les pertenece. Pueden leerlo sin mí¹⁶.

Igual experiencia se persigue cuando se recomienda leer primero a los maestros de una disciplina y no a sus comentaristas. Estos deben reservarse para aclaraciones o ampliaciones posteriores. Y en la maestría mucho mejor si se trabajan las fuentes en su idioma original.

EL PROTOCOLO

Al inicio de cada sesión se encarga a uno de los asistentes la elaboración de un protocolo en el cual hará un recuento de su desarrollo, de los más importantes aspectos discutidos y una síntesis de las conclusiones. En la sesión siguiente se lee y se somete a la discusión y a la aprobación de todos los demás integrantes del grupo a quienes, sin excepción, también les corresponderá hacer de protocolantes.

La elaboración del protocolo lleva a enfrentar la experiencia con el lenguaje escrito y a desarrollar la capacidad de pasar de lo hablado a lo escrito, la cual exige mayor claridad en el discurso, elaborar racionalmente los contenidos y habilidad para comunicar el ambiente general de la sesión. Por esto es importante poder traducir a un lenguaje propio el lenguaje especializado de los textos o de los contenidos examinados. La práctica de la escritura que aquí se inicia o que se ejercita, se

- 16 PLANK. Catheryn y EMERSON, Dianne M. (Eds.). *Docencia por discusión. Entrevista con el profesor John Moore*. En: *Manual de docencia. (Selección de artículos y consejos prácticos - Universidad de Pennsylvania)*. Manizales: Universidad Nacional de Colombia. 1995. p. 69. Trad. de Jorge Maldonado.

continúa de manera más exigente con la elaboración del trabajo final que cada participante debe presentar individualmente al culminar el seminario¹⁷.

CONCLUSION

De acuerdo con lo anterior, el seminario es un proceso de generación dinámica de conocimiento, atravesado de principio a fin por la participación activa de quienes se forman en él, incluido el docente. En él se combinan múltiples actividades propias de una formación investigativa integral como la que se busca: lectura, escritura, discusión, análisis, crítica y exposición; actividades todas enmarcadas por el encuentro interpersonal y el diálogo investigativo¹⁸.

Cada uno de sus pasos tiene sentido sólo en función de los otros, por lo que el esfuerzo que ellos exigen no lo siente uno como estar arando en el desierto, sentimiento que a menudo despiertan las actividades convencionales de estudiantes y profesores cuando dependen exclusivamente de la transmisión y recepción pasiva del conocimiento. Aquí, por el contrario, tanto unos como otros sienten una genuina relación con el saber de donde surge el amor y la pasión por conseguirlo, que si saben aprovechar adecuadamente, los transforma, es decir, les forma otro modo de ser universitarios en el cultivo del pensamiento y de hábitos personales orientados hacia la creación espiritual y la investigación.

*Sin largo estudio y gran amor, en efecto, la investigación científica
no puede efectuarse...*

*Ella exige trabajo y sudor, pero su camino, así como la ascensión a una
montaña áspera y empinada que compensa continuamente el esfuerzo con la
belleza y la grandiosidad del panorama, está acompañado y coronado por
hondas satisfacciones espirituales. Y son éstas, justamente, las que hacen a la
vida digna de ser vivida¹⁹.*

17 Puesto que se trata de un proceso de continua formación, todos sus momentos deben ser evaluados: La exposición y la asistencia a la respectiva asesoría (25% o 30%), la participación (15% o 10%), la elaboración del protocolo (15%), el promedio de los informes de lectura (15% o 10%) y el trabajo final (30% o 35%). Sea como fuere, se le otorga más valor porcentual a la exposición (asesoría) y al trabajo final, porque suponen mayor compromiso y esfuerzo personales.

18 "El diálogo tiene que ser una investigación/ y poco importa que la verdad salga de uno o de boca de otro/ yo he tratado de pensar/ al conversar, que es indiferente/ que yo tenga razón o que tenga/ razón

usted; lo importante es llegar/ a una conclusión, y de qué lado/ de la mesa llega eso, o de/ qué boca, o de qué rostro, o/ desde qué nombre es lo de menos” (Jorge Luis Borges).

19 MONDOLFO, Rodolfo. Op. Cit. p. 17.

El seminario nos forma como maestros de una disciplina y no como simples profesionales técnicos; nos forma en la maestría, en la investigación y no en las profesiones. Para esto último, es justo reconocerlo, siguen siendo válidas las cátedras magistrales; y lo serán mucho más si se evalúan críticamente todas sus limitaciones y se aprovechan responsablemente las ventajas que, a su vez, poseen. Pero “la cultura superior”, que debe caracterizar el *ethos* universitario, destinada al cultivo del pensamiento creador y crítico, a la conformación de comunidades académicas y a la libre formación del carácter y del espíritu investigativo, fructifica mejor en los seminarios, donde se buscan no sólo razones demostrativas sino también el pensamiento interpretativo.

La disciplina que en ellos se exige confirma que la libertad pertenece a la vida interior cuando es creadora y, precisamente, es la libre creación del pensamiento lo que mejor define la autonomía universitaria, de donde ha de tomar sus energías para transformar el mundo exterior que también debe buscar hacer libre. Por esta razón, la extrema relativización de las reglas de juego del seminario le hace perder su esencia y, en consecuencia, su poder de crear el hábito que suplante la tensión de lo impuesto por el esfuerzo y la tensión de encontrar lo buscado.